

EL DRAGÓN DE FRÍO

FRAGMENTOS DEL LIBRO DE MIRM



Vicente Catalá Burguera



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcircularojo.com



FRAGMENTOS DEL LIBRO DE MIRM

LA MONTAÑA DEL TROLL

*Vigila al Troll que pisa tras de ti.
No es una roca rodante.
No es un tronco podrido.
Cuidate de la mano que te atrapa con seis dedos.*

Hank era un chico pequeño con apenas fuerzas para levantar un cubo repleto de agua. Siempre lo llenaba en el arroyo de piedras y volvía corriendo a su cabaña del bosque. No corría porque tuviese prisa, sino porque no le gustaban las criaturas que en ocasiones se acercaban a su hogar.

Un día de nubes negras y poca luz, Hank estaba cogiendo agua fresca del arroyo mientras las sombras de los árboles bailaban inquietas a su alrededor. «Algo no marcha bien», pensó. Tomó un sorbo de agua y le supo amarga. Entonces se asustó; el bosque le avisaba. Así que corrió con brío, moviendo el cubo de un lado a otro como un péndulo, desparramando gotas a su alrededor. Su casa apareció en el claro rodeado por altos abetos. Con diez zancadas llegaría a la puerta. Entonces escuchó el silencio del bosque y lo entendió: era el silencio de la caza.

Dio cuatro zancadas y un golpe profundo agitó la tierra tras él. «Debe de ser algo grande», pensó enseguida. No tenía tiempo, no debía darse la vuelta, tenía que correr. Dio tres zancadas más y un nuevo golpe en el suelo casi le hizo caer. ¡Estaba muy cerca! «Corre, Hank –se dijo–. Tres zancadas y estarás en casa». Pero algo dentro de él le dijo que era tarde para hacerlo. ¡Debía saltar! Así que reunió todas sus fuerzas y saltó hacia la puerta... Una gran mano eclipsó el sol por encima de él.

Su hombro derecho recibió el golpe. El cubo escapó de sus manos y voló. El chico cayó al suelo rodando sobre sí mismo, manchándose la cara y los brazos con tierra húmeda y hierbas aplastadas.

La boca le sabía a barro. Su cara se había hundido en un pequeño charco de agua: era el agua desparramada del cubo y seguía sabiendo amarga. Hank habría jurado que mucho más que cuando la probó en el arroyo. El agua se corrompía rápidamente con la presencia de aquella criatura que lo estaba acechando.

«Me ha atrapado», pensó.

Un grito hueco le erizó los pelos de la nuca. Parecía el mugido de un buey encolerizado y demente mezclado con el croar viscoso de un sapo gigante. Un instante después, a aquel sonido le acompañó un hálito húmedo de carne putrefacta.

Hank se dio media vuelta temiendo toparse con el sapo gigante, pero lo que encontró fue peor.

Un troll se encontraba a escasos pasos de él. Era casi tan alto como la casa, y su piel parda y gris le ocultaban entre los colores del bosque que se alzaba tras él. Su cabeza gruesa y ancha había aplastado el cuello que la sostenía, ocultándolo entre pliegues de piel reseca. Su mandíbula, que se desparramaba entre dos hombros verrugosos, escondía en su interior dos largas encías rojas como la sangre, de la que nacían pequeños pero numerosísimos dientes en-

negrecidos. Pero lo que más llamó la atención a Hank no era lo que tenía el troll, sino lo que no tenía. A aquella maléfica criatura le faltaba el brazo izquierdo. No tenía siquiera un muñón; parecía como si su brazo nunca hubiese existido. Su brazo derecho era monstruosamente corpulento, y tan largo que los seis dedos de su mano podían agarrar su propia rodilla. Además, aquel brazo debía de ser muy pesado, puesto que el troll se ladeaba ligeramente hacia el lado derecho: sin duda, echaba de menos el brazo que le faltaba.

Pero eso no consolaba a Hank, pues al troll sólo le había bastado un brazo para derribarle. Su hombro le ardía por el golpe que le había propinado aquel ser y ahora toda su atención estaba centrada en sus diminutos dientes. La boca del troll podía engullirlo fácilmente, sin apenas masticarlo. El chico pensó en su madre. Hacía días que se había adentrado en el bosque y no había regresado. Seguramente se había perdido y no sabía cómo volver a la cabaña. Hank deseaba en aquel momento que ella apareciese de nuevo entre los árboles y le ayudase, pero no era posible. Estaba solo.

Pensó de nuevo en escapar. Dar un salto por sorpresa y rodear la casa; adentrarse en el bosque y correr hasta lo más espeso, allá donde los árboles nacen tan apretados que el troll no podría avanzar entre ellos. Escaparía por las estrechas aberturas aprovechando su pequeño tamaño... Pero el hombro le dolía una barbaridad. Además, las rodillas también se habían lastimado en la caída. Nada importante, seguramente se recuperarían pronto, aunque le pinchaban como si le estuviesen clavando miles de agujas. Ahora, justo cuando más las necesitaba. Sin embargo, no tenía otra alternativa; debía intentarlo. Tanteó el terreno con las manos para impulsarse pero sólo encontró más barro bajo las palmas. «Puedo resbalarme si no me levanto con cuidado—pensó—. Pero si soy demasiado lento, me atrapará, y ya no tendré una nueva oportunidad». Hank lo pensó en sólo un instante y el valor brotó desde lo más hondo. «¡Allá voy!», gritó en su interior.

—No lo intentes—dijo el troll.

Hank quedó paralizado.

—No lo intentes. No lo pienses, ni siquiera lo digas—volvió a decir lentamente el troll. Entonces sonrió de una manera ronca y gutural. Las comisuras de sus labios se hinchaban y deshinchaban como dos pequeños fuelles de carne translúcida.

—Correr delante de un troll siempre es una mala idea. Cuanto más rápido corras, antes te devorará. Cuanto más lento huyas, más tardará en saborearte. —El troll sonrió de nuevo—. Esa es la magia. Si la presa avanza, el troll avanza hasta la presa. No podrás ser más rápido que el troll. Si la presa se aleja del troll un paso, el troll avanzará dos pasos hacia ella. El troll sólo puede usar sus piernas si su presa las usa. Y si usa sus brazos para huir, el troll también los usará. Esa es la magia... —Entonces el troll se relamió—. Sólo puedes esperar inmóvil.

Hank no podía creer lo que decía el troll. Estaba asustado. Aquel era un ser malvado con una magia extraña.

—¿Qué pasará si me quedo quieto? ¿Me perdonarás la vida?

El troll contempló al muchacho con una mirada abyecta.

—Presas estatuas y temblorosas. El troll se arrastrará hacia ella poco a poco como un gusano, hasta que finalmente te engulla, arrancando tu vida al bosque...

Hank lo observó horrorizado. El troll se relamió satisfecho, expectante. Allí de pie delante de él, el chico se dio cuenta; el miedo aún no le había paralizado la mente. El troll disfrutaba viendo el terror en sus ojos. Quería que Hank estuviese aterrorizado. Así era como a aquella maléfica criatura le gustaba saborear a sus víctimas: llenas de terror. Por eso le había contado las reglas de su magia, las reglas de la magia troll. Para que Hank decidiese quedarse quieto, para que no huyese y contemplase como el troll se acercaba lentamente hasta él, haciendo crecer el miedo en su interior. Ese era el

sabor que más le gustaba al troll, el que quería en el muchacho. El terror sin límites...

Entonces Hank decidió que no le daría ese placer. Escondió su miedo, mantuvo la calma y trató de pensar.

El troll se arrodilló. Su barriga le colgaba hasta casi rozar el suelo. Un gorgojo líquido empezó a vibrar en el fondo de su garganta. Era un sonido repugnante.

Hank no le prestó atención y pensó en las reglas. Trató de recordar. Si se levantaba y corría, el troll lo alcanzaría rápidamente, tal y como había hecho cuando corrió con el cubo de agua. Aquella criatura era pesada y de piernas cortas, pero si era verdad lo que decía, el troll no le alcanzaría porque sus piernas fuesen más rápidas que las suyas, sino porque poseía una extraña magia que lo convertía en más rápido que las pobres víctimas que había escogido para comer. Y desgraciadamente, él había sido elegido aquella tarde.

Entonces el troll se tumbó en el suelo apoyándose sobre su agrietada barriga flácida. Extendió el brazo por delante de él y hundió los seis dedos de su mano en la porción de tierra que lo separaba de Hank. Su boca se abrió mostrando el túnel negro que se escondía tras sus dientes. Se disponía a reptar...

Hank pensó inmediatamente en los brazos. Aquel troll sólo tenía uno, el derecho. ¿Qué le había ocurrido al otro? No tenía marcas de espada ni de heridas. Parecía como si nunca hubiese tenido brazo izquierdo. Entonces recordó una historia antigua y tuvo una idea. Debía probar, era su única oportunidad.

—¡Yo también odio a los duendes rondadores! dijo de improviso.

El troll se detuvo y miró al muchacho con los ojos muy abiertos.

Hank respiró aliviado en su interior. Había dado en el clavo.

—¿Conoces a los duendes rondadores? —preguntó el troll levantando la cabeza del suelo. Su expresión había cambiado, ya no parecía tan malvada, sino más bien asombrada.

—Los conozco muy bien. Uno me visitó.

—Es mentira—contestó el troll—. No los conoces. Conservas tus dos brazos y tus piernas. Si uno te hubiese visitado, te faltaría alguno de ellos.

—Sé mucho de duendes rondadores. Mi madre me habló de ellos...

—¿Qué es lo que sabes? Cuéntamelo—dijo el troll—. Y quizá te deje vivir hoy.

Hank se levantó lentamente del suelo

—Sé qué son y cómo puedes saber si uno anda cerca. También te puedo contar cómo me deshice de él.

El troll respiró profundamente con los ojos abiertos.

—Me he dado cuenta de que uno de ellos te visitó mientras dormías—continuó Hank—... porque los duendes rondadores sólo te asaltan cuando duermes, y entonces fue cuando debió robarte tu brazo izquierdo. Sé que su magia es poderosa. No debiste darte cuenta. Mi madre dice que ni siquiera te duele, y eso es porque el duende rondador quiere que continúes durmiendo mientras huye con tu brazo.

—Es cierto—contestó el troll—. No sentí dolor. Simplemente me desperté... y el brazo ya no estaba.

—Y ahora tienes miedo porque el duende rondador ya sabe dónde duermes y puede regresar otra noche para robarte el brazo que te queda. O quizá alguna de tus dos piernas.

El troll asintió lentamente con la cabeza.

—Además, dicen que si saben dónde duermes, también pueden avisar a otros duendes rondadores y visitarte juntos en una pequeña manada.

El troll volvió a asentir con lentitud.

—Los trolls odiamos a esas pequeñas criaturas—dijo—. Aunque parezcan de carne y hueso, no lo son. Su piel no huele a piel ni a nada que los trolls hayan olfateado, y sus pies, aunque pisan la tierra, no dejan huella. Ellos no hablan, no piensan ni contemplan. No son animales ni criaturas, ni mágicas ni terrenales. Son menos que una lombriz, porque una lombriz en sí es un Uno, y los duendes rondadores no son ni siquiera un Uno, sino solamente partes de él...

Hank escuchaba en silencio. Su madre le había dicho que los duendes eran simples animales de magia oscura que poblaban algunos bosques, pero el troll le estaba contando cosas que no conocía.

—¿Qué quieres decir con que son partes de un Uno? —preguntó Hank.

—Los duendes rondadores son sólo partes... partes de un espíritu—contestó el troll—. Esos espíritus nacen en agujeros profundos en el bosque, atrapados en raíces de árboles malditos. Pero nacen sin cuerpo, y anhelan escapar de su prisión subterránea. Entonces, del espíritu emanan unos tallos que emergen hasta la superficie, y allí liberan el pequeño cuerpo de los duendes rondadores. Ellos son sólo una parte de su esencia espectral, con la única misión de conseguir partes de los cuerpos de otros animales y seres de verdadera carne. Así, los duendes rondadores regresan a su espíritu madre cavando hondo en la tierra, arrastrando consigo brazos, piernas, cuernos, colas... Cualquier miembro le sirve al espectro cautivo para formar su nuevo cuerpo compuesto de los pedazos de muchos otros. Entonces un hechizo se obra entre las raíces, y el nuevo ser brota de la tierra partiendo el tronco en dos. Atraviesa el árbol como un polluelo, rompe el cascarón y, finalmente, toma la savia del árbol para usarla como su propia sangre.

El troll se tocó el hombro izquierdo con la única mano que le quedaba. Lo tocaba con delicadeza.

—Ahora mi brazo pertenece a uno de esos seres sin vida.

—¿Un ser sin vida? ¿Por qué dices que no tiene vida? ¿Acaso has visto alguno?

—Yo no he visto ninguno, pero los cuervos sí que los han encontrado, y hablan con los trolls... —El troll miró hacia las copas de los árboles como si buscara a los cuervos de su historia—. Me cuentan que esos seres no comen ni beben; tampoco albergan miedo ni alegría, y eso es porque sus corazones nunca han latido...—El troll miró a Hank como si le estuviera revelando un misterio que no entendía—. Tienen sangre de árbol en sus venas, pero su corazón no late. Esos seres tan sólo caminan, caminan y caminan sin descanso. No cazan ni hablan. No duermen ni se agotan. Tan sólo recorren leguas y leguas hasta salir del bosque, y después, siempre hacia el Este: páramos, ciénagas, ríos y montañas. Los últimos cuervos los han seguido y afirman que caminan sin descanso hasta adentrarse en los acantilados de la Cuna de Sol, y allí los amigos alados deben dar media vuelta, puesto que el fulgor de la Cuna del Sol abrasa sus alas, pero a esos seres nacidos de las raíces no parece importarles el fuego invisible, se adentran en los acantilados y desaparecen para siempre.

El troll miró entonces fijamente a Hank.

Pero qué estúpido soy—dijo—. Habla el troll, cuando deberías ser tú, pequeño cachorro, el que tendría que contarme cómo librarme de los duendes rondadores ¿No eras tú el que lo sabía todo acerca de esas escurridizas criaturas? Habla ahora... o alimenta al troll—dijo abriendo las mandíbulas.

Hank asintió sin perder de vista los dientes de la bestia.

—El día antes de haber perdido el brazo, ¿recuerdas haber visto un gato negro merodeando por tu cueva?

El troll dio un respingo y observó atentamente al chico.

–Hummm–dijo rumiando en su interior–... Es una pregunta extraña... No recuerdo bien. Hace mucho tiempo. –El troll cerró los ojos tratando de recordar y de repente los abrió completamente–. ¡Sí! ¡Sí! ¡Un gato negro de pelo brillante!–dijo excitado–. Se escondía entre los árboles cerca de mi cueva. Lo recuerdo porque afilaba las uñas en los troncos de los fresnos, y también porque era un gato arisco que no me tenía ningún miedo. Me extrañó que se acercase tanto a la cueva de un troll, aunque no le presté más atención. El gato deambulaba de un lado a otro pero no me molestaba.

–El gato deambulaba–dijo Hank

–Sí–contestó el troll.

–Deambular, acechar, fisgar, husmear...–Hank extendió los brazos a cada lado con las palmas abiertas–. ¡Rondar! Eso te debió de dar una pista aquel día. Los hombres conocemos cómo se mueven los duendes rondadores por el bosque.

–¿Qué quieres decir?–preguntó el troll–. No te entiendo, pequeño muchacho.

–Es muy sencillo–contestó Hank–. Los duendes rondadores usan a los gatos negros como monturas. Cabalgan en sus grupas, como los hombres lo hacemos con nuestros caballos. Recorren largas distancias en los bosques hasta que por fin encuentran a la víctima que desean. Y casualmente, esa víctima siempre vive sola. Como tú o como yo.

El troll asintió sorprendido.

–Un día encontré a uno de esos gatos escondido cerca de mi casa–continuó Hank–. Fue por casualidad. Estaba tendido entre unos matorrales observándome con sus ojos amarillentos. Entonces supe que un duende rondador acababa de llegar, y seguramente andaría por

los alrededores. Estaba cerca, escondido en algún agujero, y todo el mundo sabe que cuando un duende rondador se oculta, es casi imposible descubrirlo. Acechan escondidos con una astucia y maestría que supera a la de cualquier gato, e incluso a la de las serpientes.

Hank tomó aire allí de pie ante el troll.

–Tuve suerte de descubrir primero a aquel gato, porque de este modo pude tomar precauciones contra el duende rondador. Si aquella noche me hubiese acostado sin saber nada de su presencia, el duende habría aprovechado para escalar por mi cama, y entonces...
–Hank señaló el hueco donde debía estar el brazo del troll.

El troll refunfuñó asintiendo.

–Continúa– dijo.

–Uno de los mayores problemas de los duendes rondadores es que son muy tenaces. Muchos hombres han intentado no dormir cuando hay un duende rondador cerca de su hogar. Muchos de ellos incluso han fingido estar dormidos en su cama, inmóviles en sus colchones simulando un sueño inexistente, esperando a que el duende se acercase lo suficiente para atraparlo con las manos. Es una equivocación: el duende es escurridizo y ladino, siempre logra escapar. Si lo persigues, corre hasta su gato, lo monta y escapa entre los árboles. Pero sólo es una huida en apariencia, puesto que al poco tiempo regresa buscando un nuevo agujero donde esperar una nueva oportunidad. No existe ninguna historia de nadie que haya conseguido atrapar alguno. Como he dicho antes, los duendes son muy persistentes. Puedes intentar no dormir una noche o treinta, y puedes tratar de atraparlo cada una de esas noches. Pero al final, el duende siempre se escurrirá entre tus manos, y lo peor de todo es que una de esas noches, el sueño finalmente te vencerá, tu cabeza soñará, y el duende rondador subirá hasta ti para llevarse lo que ha venido a buscar.

–¿Pero cómo lo hiciste?–preguntó el troll–. Habla, por el cuerno de Dagûm. ¿Cómo te libraste de ese enojoso ser?

Entonces Hank sonrió.

–Fue sencillo–contestó el muchacho–. Primero necesité un poco de savia de abedul. Para ello hice un pequeño corte en uno de los que crecen cerca de mi casa. Recogí el denso líquido con un pequeño cubo y lo llevé al interior de mi habitación. Entonces, dentro de mi casa capturé algunos ratones de los que se esconden entre los pequeños huecos de los maderos. No les hice daño, tan sólo raspé su piel con un cuchillo, afeitando buena parte de su pelo. No conseguí mucho pero sí el suficiente para lo que pretendía.

–Qué extraño–dijo el troll–. ¿Y qué pretendías?

–Enseguida lo sabrás–contestó–. Vertí la savia por las orillas de mi cama. La extendí con un pincel por todos los bordes del colchón; debía tener cuidado, porque la savia de abedul es espesa y pegajosa, y no es muy fácil de manejar. Luego deposité por encima de la savia todos los pelos de ratón que había conseguido. Los distribuí alrededor de la cama aprovechando los pocos que tenía. Cuando terminé, ya era de noche. Entonces decidí llevar a cabo la última parte de mi plan. Me acosté en el centro de la cama, rodeado de aquel pegamento con pelos de ratón y cerré los ojos dispuesto a dormir. O mejor dicho, a fingir que dormía.

–¿Y qué ocurrió entonces?–preguntó el troll intrigado.

–Pasó un tiempo en que no sucedió nada. Yo estaba acostado, con los ojos cerrados como te he dicho, y con los oídos alerta, pendientes de cualquier ruido que irrumpiese en la habitación. Pero sólo oía el sonido de mi propia respiración y los ruidos nocturnos del bosque más allá de mi ventana. No me atrevía a moverme ni una pulgada. Un miedo interno hacia aquel ser desconocido al que me enfrentaba me mantenía paralizado en medio de la cama. También estaba preocupado porque temía despistarme y quedarme realmente

dormido encima de la sábana. Además, empezaba a tener dudas sobre mi plan... Pero entonces, oí aquellos pasitos. Eran menudos y casi imperceptibles. Al principio parecían algo indecisos, aunque pronto marcaron una carrera hasta el borde de mi cama. Yo estaba acostado sobre mi lado derecho; aquella criatura empezó a escalar el colchón justo por detrás de mi espalda y noté pequeños tirones en la sábana. Lamenté por un momento mi mala suerte. Si la hubiese escalado por delante de mí, sólo habría tenido que extender los brazos para cogerle. Pero lo estaba haciendo por el lado contrario. Yo debía volverme y tratar de cogerle en un rápido movimiento de todo mi cuerpo, disponiendo así de menos ventaja para atrapar su escurridizo cuerpo. Pero los duendes son seres astutos, como te he dicho, y seguramente previó su ventaja, por eso eligió acercarse por mi espalda...

Noté cómo el colchón se aplastaba por detrás de mi nuca. Aquel ser estaba de pie justo detrás de mi cabeza. Oí el pequeño silbido de su respiración y sentí como la atmósfera de la habitación se enrarecía, se tornaba más densa y calurosa.

Entonces me di la vuelta. No lo pensé; fue como un reflejo. Ignoré mi miedo sin siquiera pensarlo. Simplemente me di la vuelta con un impulso que me puso frente a frente con el duende.

—¿Y lo atrapaste?—preguntó el troll ansioso.

Hank negó con la cabeza.

—Son rápidos, como te he dicho. Cuando logré distinguir su forma, el duende ya había saltado de la cama. No tuve tiempo siquiera de extender los brazos hacia él. Sólo vi una pequeña sombra alargada que corría por el suelo de mi habitación. Salté tras él tratando de perseguirle, porque ese era en realidad mi plan: tratar de perseguirle y asustarle. Yo nunca pretendí atraparlo.

—¿No pretendías atraparlo? ¿Estás loco, pequeño cachorro? ¿Qué intentabas, entonces?

–Como he dicho, nunca quise capturarlo, pero esperaba que otro lo hiciese por mí...

–¿Otro? ¿Quién? ¿Qué otro?

Hank sonrió al troll.

–Corrí tras el duende rondador, que, como una sombra, me esquivó en cada esquina de la casa. Escapó por una abertura en la puerta, corrió por este claro donde tú y yo nos encontramos ahora mismo y llegó hasta los árboles. Lo perseguí en todo su recorrido. Cuando llegé a los fresnos, yo acababa de salir de casa dando un gran portazo. Tan sólo avancé cinco pasos cuando oí el grito de espanto del duende rondador...

Hank hizo una pausa, tragó saliva y continuó.

–Fue un grito escalofriante. Las piernas del duende colgaban de la boca del gato negro. El resto de su cuerpo desaparecía en el interior de la garganta del felino. Aquel ser diabólico, ladrón de brazos y piernas, había caído en mi trampa. A pesar de su astucia, no había notado que al subirse a mi cama se había empapado con la savia y el pelo de ratón, se había embadurnado con el olor de todos aquellos roedores. Al escapar de mí buscando la salvación en su cabalgadura, lo que en realidad encontró fue su propia perdición. El gato no reconoció a su amo, sino a un succulento bocado, y entonces no dudó en tragárselo entero.

–¿Se lo comió?–preguntó el troll.

Hank asintió.

El troll miró sorprendido al chico. Su boca entreabierta tembló ligeramente. Fue un movimiento extraño, como un espasmo. De repente estalló en una gran carcajada. Un resonante bramido de viento pestilente. Hank tuvo que taparse los oídos, aquel alborozo era doloroso para sus tímpanos. El cuerpo y la papada del troll se hinchaban y deshinchaban con cada convulsión de aquella risa atronadora.

Entonces algo aún más extraño ocurrió. El troll empezó a crecer de tamaño. Su cuerpo se hinchó y sus piernas y brazo se alargaron. La cabeza también se agrandó. Era algo increíble; el troll era ahora más alto que la casa. Antes, a su llegada, su cabeza rozaba el techo, ahora lo superaba e iba más allá de la altura de la chimenea. Su cuerpo se había agrandado hasta casi alcanzar el tamaño de los abetos. Cada carcajada lo había estirado y ensanchado como si se hubiese comido un rebaño de bueyes.

Hank contempló atónito aquel fenómeno.

La sombra del troll cubría todo el claro, incluidos a Hank y su hogar. El troll dejó de reír, dos lágrimas amarillas recorrieron sus mejillas hinchadas.

—Pequeño cachorro—dijo recuperando el aliento—, me ha gustado mucho tu historia; me llenas de regocijo. Contaré tu aventura a los otros trolls y nos guardaremos de que esas malditas criaturas nos roben nuestros preciados miembros. Sin duda te has ganado el vivir hoy, como te prometí...—Entonces el troll cambió la expresión de su semblante por otra más oscura—. Pero tu suerte sólo te acompañará este día. Mañana vendré y te comeré, como es tu destino.

El troll dio media vuelta de regreso a los árboles del bosque. Pero antes de desaparecer entre ellos, se volvió y miró a Hank por última vez aquel día.

¡Ah!—dijo—. No intentes escapar esta noche. Mis cuervos te vigilarán y yo te acecharé. —Sonrió perversamente con su boca de sapo—. Y no creo que puedas mandarme a ningún gato a darme caza... —Y diciendo esto, desapareció entre las ramas con otra estruendosa carcajada.
